

SESTEANDO

El aire es fuego. Cuatro de la tarde en el reloj. Toledo se reseca con el calor de Agosto. En la siesta dominguera, las calles toledanas son de los turistas únicamente. Turistas con coche y turistas con tortilla. Turistas de todas clases y nacionalidades. La temperatura sube, mientras las horchatas y los refrescos desaparecen de los vasos. Toledo, a pesar del sol plomo, no pierde sus encantos acumulados con el tiempo. Aunque a la caída de la tarde Toledo se haga más TOLEDO, la siesta la arranca una belleza nueva, inédita; ilumina sus rincones fantasmagóricos haciéndolos realidad noble y artística, dorada por la luz del sol.

Algunos indígenas, caminamos en la hora de la siesta del domingo por puro accidente. Y nosotros mismos nos creemos turistas, porque nos extraña sobremanera vernos en las calles a estas horas.

En las tiendas de damasquinos, abiertas de par en par, se esconde la somnolencia de los dependientes y dueños que al fin y al cabo son toledanos. A mí me parece que esto de las siesta es una rica herencia de nuestros padres árabes, que sólo conservamos los españoles, que millonarios de minutos los derrochamos en decúbito supino y enredando nuestra mente en los más absurdos sueños quijotescos, mientras un «tipical» abanico (ris-ras) nos ayuda a sobrellevar los 34

grados de temperatura. Bueno, amigos, hoy he quemado mi siesta, mis minutos, mi par de horas de escribir lo que pensaba, porque hoy YO HE SIDO UN TURISTA en la siesta toledana.

Toledo, cualquier verano. SANDALIO DE CASTRO



CONFESIÓN ROMÁNTICA



Un otoño más; caída de la hoja, melancolía, romanticismo; ¿quién que es no es romántico? Y en este otoño, como en tantos otros, procuro ponerme a tono con el paisaje grisáceo y releer una vez más a Bécker, a Espronceda, a Rivas, a Larra; el Larra del «Macías», el doncel apasionado y frenético.

Dejemos por unos días el exceso de literatura actual y saboreemos aquellas composiciones que aunque hoy, fuera de época y extrañas, por tanto, a nuestra vida, no dejan de poseer indudables bellezas permanentes. ¿Podrá languidecer acaso la arrebatada inspiración lírica de Espronceda o el dulce encanto de nuestro siempre querido Bécker?

El romanticismo, además de un movimiento literario, es una forma de ser. Tuvo, efectivamente, su localización en el tiempo y su momento de exaltación «masiva», porque el romanticismo fué, quizá, de todos los movimientos, el que más hondo caló en la entraña popular. Pero esa localización histórica no quiere decir, en modo alguno, que no hubiera románticos antes y después del siglo XIX. Hay hombres románticos como hay hombres altos y bajos, taciturnos y alegres, intransigentes y liberales. Se es romántico por temperamento, por constitución psíquica, por imperativo biológico. Es posible que en todo romántico exista un estrato de neurosis, pero ¡Ay de aquél que no es romántico! Por eso, nosotros, no vacilamos en afirmar con el poeta:

«Románticos somos.....

.....
Aquel que no sienta ni amor ni dolor
aquel que no sepa de beso y de cántico,
que se ahorque de un pino: será lo mejor».

J. SANTOS